

El Beato Doctor José Gregorio Hernández: Santidad con impronta venezolana

William Rodríguez Campos¹

Resumen: El artículo, fundado en la narración de la vida del Beato José Gregorio Hernández, ubica las prácticas devocionales y litúrgicas que expresan, por el grado y manera, su santidad. Aparece con suma claridad una santidad familiar en el sentido práctico caritativo que vive el venezolano popular. Unida a este rasgo-práctica vital aparece una santidad afectiva en que José Gregorio, de manera heroica, vuelca sobre el prójimo, primeramente, los afectos familiares tejidos por la madre y, de manera basilar, las exigencias formales, disciplinarias, que modeló de su padre. Así, pone las bases de una santidad caritativa relacional en la que la generosidad encuentra mil formas de expresión: como hijo, padre sustituto, maestro, médico y sabio. Santidad expresada en “la medicina como sacerdocio” hasta la radicalización, fruto de una intensa vida ascética y mística, de la ofrenda de sí, por La paz, como medio y fin de la vida de José Gregorio.

Palabras clave: José Gregorio Hernández, familia, santidad, devoción, caridad.

Abstract: The paper, based on the narration of the life of Blessed José Gregorio Hernández, locates the devotional and liturgical practices that express, by degree and manner, his holiness. A family sanctity appears with great clarity in the charitable practical sense that the popular Venezuelan lives. Together with this trait-vital practice, an affective holiness appears in which José Gregorio, in a heroic way, pours out on his neighbor, first, the family affections woven by the mother and, in a basic way, the formal, disciplinary demands, which he modeled from the father. Thus, he lays the foundations for a relational charitable holiness in which generosity finds a thousand forms of expression: as a son, surrogate father, teacher, doctor, and wise man. Holiness expressed in “medicine as a priesthood” until radicalization, the result of an intense ascetic and mystical life, of self-offending, for peace, as the means and end of José Gregorio’s life.

Keywords: José Gregorio Hernández, Family, Holiness, Devotion, Charity.

1 (†) William Rodríguez (1967-2024) fue profesor de Filosofía del Instituto Universitario Salesiano Padre Ojeda, Los Teques e investigador del Centro de Investigaciones Populares (CIP), Caracas.

1. Santidad en la familia

El beato José Gregorio Hernández nace en Los Andes venezolanos el 26 de octubre de 1864 de una familia numerosa, católica y practicante. Así nos dicen:

José Gregorio Hernández Cisneros, nació en una familia numerosa de 13 hermanos. Sus padres católicos practicantes y piadosos, educaron a su prole en un ambiente de verdadera piedad y caridad. El joven José Gregorio recibió una sólida formación doctrinal no solo de su madre sino también de una tía monja que tuvo que vivir con ellos a raíz de la expropiación de los conventos en Venezuela. El Dr. Hernández descendía por vía materna del Cardenal Francisco Jiménez de Cisneros, fundador de la Universidad de Alcalá y por vía paterna, a través del linaje de un tío bisabuelo, emparentaba con el Santo Hermano Miguel (Francisco Luis Florencio Febres-Cordero Muñoz) de las Escuelas Cristianas.²

María Matilde Suárez cuenta:

Fue el primogénito del matrimonio de Benigno Hernández Manzaneda y Josefa Antonia Cisneros. Cuando ya se sentaba y le faltaba poco para caminar, como era costumbre, le buscaron una muchacha para que lo cuidara y jugara con él. La niñera, cuyo nombre era Juana Vilorio, tenía predilección por entretener a José Gregorio jugando con un carretico de hilo.³

De esa época y de otra relación humana nos viene la siguiente experiencia narrada:

Desde muy niño José Gregorio dio muestras de su inclinación religiosa. De sus padres y de su tía paterna, María Luisa, había aprendido a escuchar la Santa Misa; y había adquirido las

2 C. Blandenier Bosson y otros, *San Giuseppe Moscatti y el Venerable José Gregorio Hernández, anatomopatólogos y médicos de los pobres* (Caracas: UCAB, 2020), 15.

3 M. M. Suárez, *José Gregorio Hernández, 1864-1919* (Caracas: El Nacional, 2005), 11.

costumbres piadosas de su madre de visitar y ayudar a pobres y enfermos. En aquellos tiempos de la infancia de José Gregorio, trabajaba como sirvienta en la casa, una viejita negra y delgada llamada María de Los Santos Linares. A pesar de sus muchos años era ágil, alegre, y sentía especial cariño por el niño José Gregorio.

Intrigada por las salidas que el niño hacía todas las mañanas, cuando aún no había amanecido, se decidió en una ocasión a seguirlo. El niño tomó calle arriba, sin saber que era seguido por la buena sirvienta. Al llegar a la Iglesia, José Gregorio entró. La vieja criada entró también en el templo, y vio entonces allí al niño que tanto quería, de rodillas frente a la imagen de la Virgen del Rosario. Fue tanta la devoción que vio en los ojos del niño María de los Santos, que no pudo menos que arrodillarse ella también junto a José Gregorio, y unir con él sus plegarias a la Virgen.⁴

En este mismo sentido, María Suárez apunta:

Los dos acontecimientos que marcaron el desenvolvimiento de su primera infancia fueron el bautizo, que tuvo lugar el 30 de enero de 1865, y la Confirmación, el 6 de diciembre de 1867. Bautizado y confirmado, la madre y la tía paterna María Luisa Hernández le fueron impartiendo los primeros conocimientos. Le enseñaron a leer, a escribir, a amar a Dios, a decir sus oraciones al levantarse y al acostarse, a rezar el ángelus tres veces al día y el santo rosario al final de la tarde. Cuando hizo la Primera Comunión en 1871, comenzaron sus andanzas en la calle: volaba papagayos y recorría los cerros y montes de los alrededores. Iba con frecuencia a la Iglesia, era inquieto, curioso, atento y respetuoso, pero sobre todo obediente, porque fue sometido a una disciplina acorde con los valores propios de las familias andinas de la época. Aprendió a ser piadoso y a no descuidar sus obligaciones. Se esforzaba en leer y escribir correctamente. La experiencia dolorosa de la muerte de la madre, el 28 de agosto de 1872, cuando apenas le faltaban dos meses para cumplir ocho

4 Suárez, *José Gregorio Hernández*, 47.

años, puso fin a la primera infancia. Ella le dejó como legado una ternura inefable que él siempre recordaría y una enseñanza religiosa que lo acercó a Dios a través de la oración y la lectura del Catecismo. La madre sembró en él una fe incipiente que se arraigó profundamente en el sentimiento, en la práctica del ritual y en el ejercicio de la caridad.⁵

Ya aparecen claramente, en su práctica de vida, una fe y una santidad fraguada, como en el mundo de vida popular venezolano, en la relación humana, familiar, materna, concreta. Fe y santidad que se expresan en la caridad, como ayuda efectiva y práctica. Luego aparece el contenido teórico de la fe, los dogmas, la doctrina. Lo primero es el sentimiento religioso sincero y constante vivido como un doble movimiento de entrega a Dios y a los hermanos próximos. Dentro de su familia, centrada en la madre, no le faltan los modelos y ejemplos de virtud y santidad:

Otra de sus tías paternas, Sor María de Jesús Hernández Manzaneda, había profesado en el convento de las clarisas de Mérida donde vivió en la más austera penitencia y la práctica de las virtudes heroicas. Después del Decreto mencionado, la superiora de las Clarisas del convento donde estaba su tía, les dijo que avisaran a sus familiares para que acudieran al convento a recibir las el día de su salida, ya que debían notificarles sobre la disolución de los conventos a partir del mes de mayo de 1874. Ella no hizo la diligencia, se quedó en el convento y falleció días después, debido a las complicaciones generadas por una picada de abeja. El niño José Gregorio se desarrolló en el seno de una familia cristiana en todos los sentidos. La conducta de los familiares que lo rodeaban fue el ejemplo que tuvo para desarrollar una conciencia moral cristiana.⁶

5 Suárez, *José Gregorio Hernández*, 11-12.

6 Blandenier Bosson y otros, *San Giuseppe Moscati y el Venerable José Gregorio Hernández*, 120.

De su madre decía:

Ella me enseñó la virtud, me crio en la ciencia de Dios y me puso por guía “la santa caridad” y de su padre se refería como “...un hombre cristiano cabal”. “Mi padre supo siempre aconsejarme, a veces me trató con sequedad, pero no lo hacía para mortificarme sino para inclinarme a la práctica del bien y estudio constante. De él, aprendí lo que es el sacrificio de la profesión de médico. A pesar de tener unos estudios de farmacéutico elemental, atendía a los pacientes de Isnotú y sus alrededores con máxima solicitud. Nunca se negó a cargar con el fardo de sus medicamentos para escalar las montañas y atender a los pobres campesinos. Decía: Son pocos los hombres que he conocido como él. Desde temprana edad, José Gregorio supo lo que era la muerte y sus consecuencias en la afectividad del deudo, ya que perdió a los 8 años de edad a su madre y tenía la costumbre de ir al cementerio todas las tardes, a visitarla. Era evidente que cuando entró a la escuela, ya poseía virtudes de orden, piedad y obediencia.”⁷

Claramente, en la vida límpida de José Gregorio, aparecen una madre buena y un padre modelo de exigencias. Madre tierna y padre esforzado. Aquí están las raíces de una caridad heroica y de una ascesis permanente. Esas raíces dieron crecimiento a un santo dulce y delicado, pero exigente con él y con sus discípulos. Esa armonía y equilibrio de afectos y exigencias llevaron a José Gregorio a la Cumbre en todas las áreas de su vida y produjo un modelo personal íntegro para el país, el mundo y la Iglesia.

Tal armonía hacía que José Gregorio tratara con equidad a todos y se ajustara bien a cada caso.

7 Blandenier Bosson y otros, *San Giuseppe Moscatti y el Venerable José Gregorio Hernández*, 120-121.

2. Santidad que se erige sobre valores humanos

Como testifica María Suárez:

(...) en la Escuela de Isnotú, José Gregorio destacó por su dedicación a la lectura y la caligrafía, y, además, por su firmeza de carácter, forjado por la disciplina, la prudencia y el sentido de la responsabilidad que los padres le habían inculcado. En la escuela se destacó por ser un alumno inteligente, estudioso y puntual, que sobresalía entre los demás por su rendimiento. Cuando tenía trece años fue enviado a estudiar a la ciudad capital por su padre, José Gregorio, para completar el bachillerato en el Colegio Villegas. En los cinco años que José Gregorio estuvo allí aprendió todo lo que se podía aprender: etimología y gramática castellana; francés, aritmética, gramática latina, griego y geografía universal. En el tiempo libre estudiaba música y aprendió a tocar piano.⁸

Fue nombrado inspector de orden y vigilancia e instructor de aritmética. En tres oportunidades se ganó la medalla de aplicación y buena conducta.⁹

Aprendió a hablar alemán, francés e inglés; también a tocar el piano y el violín. En todo momento José Gregorio Hernández demostró una conducta excepcional para un joven. Su deber era estudiar y rendir lo máximo y así lo hizo. Un compañero suyo de internado, el Dr. Juan de Dios Villegas Ruiz, lo describió como un joven de “gran carácter que parecía que obraba a impulsos de un poder oculto, de una fuerza de reserva que secretamente y por su sola presencia se hacía sentir; sus medios de acción fueron única y exclusivamente sus virtudes; e incuestionablemente que él era de una clase rarísima de hombres, que obran sobre los demás por medio de una fuerza que se impone”. Se graduó de bachiller el año 1882 y recibió el título del rector Dr. Ángel

⁸ Suárez, *José Gregorio Hernández*, 12.

⁹ Cf. Suárez, *José Gregorio Hernández*, 13.

Rivas Baldwin con honores. Enseguida salió por vapor a Curazao para regresar a Isnotú, vía Maracaibo. Su actitud reveló un profundo amor a su familia y cuanto la había añorado durante esos años de internado.

Era evidente que José Gregorio practicó las virtudes humanas al máximo: respeto, obediencia, responsabilidad, amabilidad, sinceridad entre otras no menos importantes. Más tarde, perteneció a la Orden Franciscana Seglar de Venezuela (OFS) en la fraternidad de la Merced de Caracas, en la Iglesia Nuestra Señora de la Merced de los Frailes Capuchinos donde hizo su profesión como franciscano seglar el 7 de diciembre de 1899, como consta en el libro de Actas. Vivió el carisma y la vida de San Francisco de Asís.¹⁰

Nos cuenta el P. Ramón Vinke que “a los diecisiete años, en septiembre de 1882, se encontraba inmatriculado como estudiante de Medicina en la Universidad Central”, debido a la sugerencia de su padre, pues, José Gregorio se inclinó en un primer momento por el Derecho.

No obstante el ambiente del país y de la universidad, opuestos a la doctrina de la Iglesia, José Gregorio no tuerce su fe. Además de estudiar medicina, prosigue Vinke: “(...) daba rienda suelta a su afición por la música. Siendo ya estudiante del segundo año de Medicina, José Gregorio compró un armonio que colocó en su habitación de la casa n° 3, entre las esquinas de Madrices e Ibarra de esta ciudad, donde vivía en unión de sus hermanos César y Benjamín”.¹¹

Al estar cursando el tercer año de Medicina, José Gregorio se enfermó tan gravemente que se temió por su vida. Había contraído la fiebre tifoidea. Sus amigos que le visitaron y atendieron dan todos testimonio de la valerosa, edificante y ejemplar actitud de José Gregorio ante la enfermedad. Soportó las molestias de la enfermedad sin protestar y obedeció cabalmente las indicaciones médicas. Por solicitud

10 Blandenier Bosson y otros, *San Giuseppe Moscatti y el Venerable José Gregorio Hernández*, 125.

11 R. Vinke, *El Dr. José Gregorio Hernández. Una historia documentada* (Caracas: Altolitho, 2021), 24.

de José Gregorio, el P. Juan Bautista Castro, su director espiritual, y para entonces Rector de la Escuela Episcopal, le administró los santos sacramentos, que él recibió con muestras de piadosa unción y fervor, disponiéndose resignado a morir si ello era la voluntad de Dios.¹²

De esa época es su estrecha amistad con Santos Aníbal Dominici. Amistad hecha de estudio, encuentros familiares, toques de piano y bailes. Pero sin perder la perspectiva ni el equilibrio ni la fe. En síntesis, nos enseña Fray Eduardo Gema: “por aquellos años de sus estudios, tan apretados, en los que él mismo iba labrando su personalidad a fuerza de voluntad y privaciones”.¹³

El 19 de junio de 1888, José Gregorio Hernández presenta el examen para optar al título de Bachiller en Ciencias Médicas en la Universidad Central de Venezuela. El 29 de junio de 1888 – día de los apóstoles Pedro y Pablo – presentó el examen por el cual optaba al título de Doctor. Lo aprobó de manera sobresaliente.

En este episodio, y en muchos otros de viajes, decisiones fuertes y reacomodos vitales o profesionales, destacó la fortaleza de José Gregorio, su seguridad y ecuanimidad. Estamos frente a una persona muy equilibrada con un padre bueno y exigente internalizado. Explorada su experiencia de padre protector se hará, a la vez, padre sustituto de hermanos y amigos, y santo.

José Gregorio regresa a Los Andes, pues, pensó establecerse como médico allá. En el camino pasa por Curazao y allí visita al Hospital de Santa Elisabeth; hospital construido por iniciativa de la Iglesia Católica¹⁴, en donde se desempeñaban como enfermeras unas religiosas. Testimonia José Gregorio: “Hay mucho aseo, como que está servido

12 Cf. J. Núñez, *Estudio crítico-biográfico del Dr. José Gregorio Hernández* (Caracas: Tip. Vargas, 1958), 57-58.

13 Fray E. Gema, *El siervo de Dios José Gregorio Hernández Cisneros: El hombre, el santo, el sabio, su vida* (Caracas: Imprenta Nacional, 1953), 41.

14 Vinke, *El Dr. José Gregorio Hernández*, 31-32.

por Hermanas de la Caridad, y me he convencido más de la utilidad de esta institución, ya que las Monjas hacen todo con una heroicidad que sólo da el catolicismo”.¹⁵

El 12 de septiembre de 1888 escribe José Gregorio desde Betijoque:

En Maracaibo pasé siete días muy agradables (...) el Dr. Dagnino me llevaba a ver sus enfermos (...) Las iglesias también son muy bonitas y adornadas con mucho gusto; todos oyen Misa con mucho recogimiento. Después tuve el placer de ver a toda mi familia, que estaba la mayor parte buena, aunque papá siempre está con sus ataques de asma, que no han querido ceder a ninguna cosa de las que le he indicado.¹⁶

Como se lee, José Gregorio no ha abandonado ni su fe ni su raigambre familiar. Ambas forman un nudo.

El 18 de septiembre escribe nuevamente desde Betijoque¹⁷: “Pienso ir en esta semana a Valera (...) Mis enfermos todos se me han puesto buenos, aunque es tan difícil curar a la gente de aquí, porque hay que luchar con las preocupaciones y ridiculeces que tienen arraigadas; creen en el daño, en las gallinas y vacas negras, en los remedios que se hacen diciendo palabras misteriosas (...)”¹⁸.

El 11 de febrero de 1889 escribe José Gregorio y sintetiza su vida hasta el momento¹⁹: “Todo lo (...) que se relaciona conmigo, es decir, con mi sistema de vida, no ha cambiado: los días transcurren sin mayor ruido”. Tan cierto es que, en el tiempo que pasó, José Gregorio en Isnotú, pintó dos cuadros al óleo, del Sagrado Corazón de Jesús.

15 E. Hernández Briceño, *Nuestro tío José Gregorio. Contribución al estudio de su vida y de su obra* (Caracas: Sucesores de Rivadeneyra, 1958), 158.

16 Hernández Briceño, *Nuestro tío José Gregorio*, 158.

17 Vinke, *El Dr. José Gregorio Hernández*, 35.

18 C. Ortiz (Comp.), *José Gregorio Hernández, Cartas Selectas* (Caracas: El Nacional, 2000), 33.

19 Vinke, *El Dr. José Gregorio Hernández*, 46.

No obstante la aparente tranquilidad, José Gregorio escribe el 18 de febrero desde Isnotú para comunicarle a un amigo que el Gobierno discute su expulsión del Estado Trujillo por razones políticas²⁰. Así José Gregorio inicia un periplo que va de Caracas a Oriente. El 3 de abril está en Caracas y luego de un corto viaje a Oriente decide, mejor, establecerse en la Capital.

El 31 de julio de 1889, el presidente de Venezuela, Rojas Paúl, dictó una resolución que establecía la fundación de las cátedras de Microscopía, Bacteriología, Histología Normal y Patológica y Fisiología Experimental, y la selección de un médico graduado en la Universidad que viajaría a París con el patrocinio del Ministerio de Instrucción Pública. El escogido fue el Dr. José Gregorio Hernández. José Gregorio llegó a París a fines de 1889. En la Facultad de Medicina trabajó en el laboratorio del Dr. Mathías Duval, partidario del evolucionismo y de la Selección natural. Allí el desempeño de José Gregorio fue extraordinario. Igualmente, el Dr. Hernández hizo pasantía en el Laboratorio de Fisiología experimental bajo la dirección del profesor Charles Richet. Richet, el 17 de junio de 1890 destacó la dedicación y entusiasmo de Hernández en su trabajo.²¹

El 8 de marzo de 1890 murió el padre de José Gregorio, don Benigno Hernández Manzaneda: “Transido de dolor por no haber estado junto a su padre en el último momento, José Gregorio nombró como apoderado para las cuestiones legales de las que debía ocuparse como hermano mayor a su cuñado Temístocles Carvallo. Con un nuevo gesto de generosidad, José Gregorio entregó toda su herencia a sus sobrinos, los hijos de su hermana Sofía con el señor Carvallo”²². José Gregorio “continuó sin interrupción el curso de sus estudios.”²³

20 Vinke, *El Dr. José Gregorio Hernández*, 47.

21 Cf. Suárez, *José Gregorio Hernández*, 19.

22 D. Fernández, *José Gregorio Hernández, su vida y su obra* (Panamá, Ed. América, 1988), 80.

23 Vinke, *El Dr. José Gregorio Hernández*, 53.

De los meses de su permanencia en París, se cuenta el siguiente episodio:

a los estudiantes venezolanos, que entonces residían en París, les llamaba la atención el que, siendo amigo de todos, y siempre muy deferente con ellos, nunca se les reunía en las parrandas que ellos organizaban como buenos estudiantes de la época. Únicamente se reunía con ellos fuera de los hospitales y de las clases, en los días de festejo nacional para Venezuela. Era el día nacional del 5 de julio. En su pensión recibió Hernández una esquelita en la que se le decía: Amigo Hernández: En este día de gloria para nuestra Patria te esperamos para celebrarlo en casa de (...) Te prometemos que seremos formales, y que no te enfadarás. Tuyos. La colonia estudiantil venezolana de París. Hernández, ingenuo, creyendo aquello, que en realidad no era más que una tramoya resultante de una discusión que se había suscitado sobre la castidad de José Gregorio, y una apuesta contra la virtud. Invitaron a la cena a las mujeres más corrompidas de París, y entre ellas a la Chatton, gata y media por su apodo. Era fama que su especialidad eran los estudiantes con fama de castos, a quienes sus amigos querían gastar una broma. Les explicaron a todas lo que tramaban, especialmente a la Chatton, a quien había de tocar el Dr. Hernández. (...) Impúdica y descocada, saltó la risa loca de la Chatton. (...) Llegó Hernández, cuando ya estaba todo preparado para el banquete. Le presentaron aquellas mujeres – Hernández no era ducho en distinciones de mujeres, porque en todas reverenciaba el ideal de la virgen y la madre – como unas honorables señoritas de la más alta sociedad de París. Cada uno fue sentándose con su compañera, dejando intencionadamente para Hernández a la Chatton. Apenas podían contener la risa en el banquete al ver a Hernández extremar su finura proverbial, (...) con aquella mujer que él equivocaba. A los postres, cada uno, disimuladamente, se marchó con su compañera. Hernández, sin explicarse aquello, quedó solo con la Chatton. No supieron más de los dos, hasta que los amigos volvieron, ya a la medianoche. Sentada en una silla, y sobre la mesa su cabellera rubia oxigenada, la Chatton lloraba desconsolada: “Ustedes son unos bandidos... unos bandidos” decía histéricamente la pobre mujer. “Por burla me

han dejado con un verdadero santo (...) Estoy arrepentida de mi vida de pecado (...) Las cosas que me ha dicho ese hombre (...) Todos se quedaron mudos”.²⁴

“Después de esta broma de mal gusto, José Gregorio les retiró su amistad a los jóvenes bromistas (aunque más adelante, volvería a tener trato con alguno de ellos) y nunca les dio el gusto de hacer comentarios sobre el suceso”.²⁵

En José Gregorio hay una conciencia moral básica forjada por el padre y una pasión afectiva bien encausada por la madre con expresión religiosa.

3. Santidad en el servicio y la caridad

Hernández anunció en mayo de 1891 que su misión en París había terminado y que estaba preparado para introducir en Venezuela los estudios más avanzados de la ciencia médica. El 5 de noviembre de 1891, luego de instalado el laboratorio de Fisiología Experimental y Bacteriología en el edificio de la Universidad Central de Venezuela, se creaban las cátedras que el Dr. Hernández comenzaría a administrar desde el día siguiente²⁶.

Según el Dr. José Manuel Núñez Ponte, José Gregorio se desempeñó en sus cátedras “con matemática exactitud”, con “pulcra conciencia”, “con severidad”, con dominio cabal y estricto control de su aula.²⁷

Con todo, “nunca dejó de ser el hombre de fe, el hombre piadoso, que siempre había sido”²⁸:

24 Vinke, *El Dr. José Gregorio Hernández*, 53-54.

25 Fernández, *José Gregorio Hernández*, 83.

26 Vinke, *El Dr. José Gregorio Hernández*, 59.

27 Cf. Vinke, *El Dr. José Gregorio Hernández*, 60-61.

28 Vinke, *El Dr. José Gregorio Hernández*, 60-61.

En la Comunión diaria encontraba la fuerza que le ayudaba en la lucha incesante por la consecución de la santidad. Era siempre puntual a la hora de la adoración que se le tenía asignada delante del Santísimo en la Santa Capilla. Rezaba todos los días el Santo Rosario, como lo hubiera aprendido en su cristiano hogar. Tres veces al día, aprendido también de los labios de su santa madre, saludaba a la Reina de los Santos con la devoción del Ángelus, tan tradicional en Venezuela. Se confesaba puntualmente todas las semanas, casi siempre con su confesor ordinario y director espiritual, el Padre Castro, entonces Rector de la Santa Capilla. Tenía predilección especial por los Siete Domingos de San José, por las Flores de María, en el mes de mayo, y por el mes de junio, dedicado al Sagrado Corazón.²⁹

El 19 de marzo de cada año (día de san José) le llovían los regalos de sus clientes y familias amigas, él los distribuía equitativamente entre las cuatro ramas de la familia, y al servicio también le tocaba su parte. En las vacaciones nos regalaba libros de lectura religiosa: la “Vida de la Santísima Virgen”, la “Vida de la Beata Margarita María de Alacoque”, los “Cuatro evangelios”, la “Imitación de Cristo”.³⁰

Era por entonces José Gregorio vecino de la parroquia El Sagrario -la Parroquia Catedral-, y en compañía de su tía paterna María Luisa Hernández y de sus hermanos Benjamín y Josefa Antonia habitaba la casa N^a 28, situada entre las Esquinas de Pelota a Punceres, (...) De dicha casa concurría José Gregorio diariamente a la Iglesia Metropolitana a asistir a la Santa Misa y a recibir la Sagrada Comunión, se confesaba con su director espiritual, Pbro. Juan Bautista Castro, concurría puntualmente a las Cátedras que enseñaba en la Universidad, atendía con paternal celo y solicitud a su ya numerosa clientela.³¹

29 Gema, *El siervo de Dios José Gregorio Hernández Cisneros*, 91-92.

30 Hernández Briceño, *Nuestro tío José Gregorio*, 264.

31 Hernández Briceño, *Nuestro tío José Gregorio*, 269.

El 29 de agosto de 1894 falleció repentinamente uno de los hermanos de José Gregorio, Benjamín, uno de los que vivía con él. La fiebre amarilla y el vómito negro le atacaron sin que José Gregorio pudiera hacer nada. Benjamín recibió los santos óleos y entregó el alma al Creador: “Esta pérdida derrumbó a José Gregorio, abandonó la casita de Llaguno, y alquiló nuevamente una habitación en una pensión; aunque esta vez sería una pensión lujosa en la casa que perteneciera a Antonio Guzmán Blanco, de Conde a Carmelitas”.³²

Testigos del dolor de José Gregorio por la muerte de su hermano han opinado que fue este golpe el que despertó en él la vocación religiosa. Al parecer, se sintió culpable de no haber detectado a tiempo la gravedad de la enfermedad. Según el testimonio de Santos Aníbal Dominici: “Desde aquel día cambió la orientación de su vida, prendió en su ánimo el anhelo del retiro, de la meditación, de la expiación de una culpa imaginaria”.

José Gregorio se mudó para la casa n° 30, entre las esquinas de Altigracia y Salas, Parroquia Altigracia, en compañía de su tía paterna María Luisa Hernández Manzaneda y de su hermana Josefa Antonia, a una cuadra de la Iglesia parroquial de Ntra. Sra. De Altigracia y a una cuadra de la Iglesia de Las Mercedes, donde participaba diariamente de la celebración de la Misa, donde comulgaba diariamente, y donde diariamente se le veía de rodillas de 6:00 a 7:00 de la mañana, por más de diez años consecutivos.

A partir de este momento, José Gregorio se entregó con renovado fervor al ejercicio de la medicina y de la investigación.

En Caracas, José Gregorio se convirtió en médico de familias; labor que solo en los pueblos apartados de Venezuela sobrevivía. Ejerció su profesión con gran sentido humanitario, llegando a hacer grandes sacrificios de su tiempo y con frecuencia, de su propia economía.

32 Fernández, *José Gregorio Hernández*, 92.

Asistía a los necesitados de sus servicios sin tomar en cuenta las distancias que habría de recorrer (cosa que realizaba siempre a pie, a manera de sacrificio), o las horas en que su presencia era solicitada; tampoco tomaba en cuenta si el enfermo tenía los medios necesarios para remunerar sus servicios.

Esta actitud de ejemplar dedicación le ganó prontamente entre la población el sobrenombre de “el médico de los pobres”. A los enfermos los traía hacia su corazón y los trataba como “familiares”, no como “próximos” o “ajenos”, sino como personas entrettejidas en una red de convivencia. Así se entiende que atendía sin cobrar, pero que también lo hiciera ofreciendo gratuitamente el servicio médico en sus “paseos” por las calles. Como también que – nutrido del sentido familiar relacional – José Gregorio dejara caer disimuladamente por las ventanas de las casas ayudas económicas para gente necesitadas, conocida o no por él.

Ya algo repuesto del dolor de la muerte de su hermano Benjamín, en 1895, José Gregorio se mudó nuevamente, estableciéndose en el número 30 de Altagracia a Salas, en la parroquia de Altagracia.

Durante estos años de vida profesional y docente, a pesar de sus múltiples ocupaciones, José Gregorio nunca dejó de asistir a misa en la catedral Metropolitana, donde recibía la comunión de manos de su guía espiritual el presbítero Juan Bautista castro, quien más tarde llegaría a ser arzobispo de Caracas.

Después de escuchada la misa, se iba a la Universidad a impartir clases, y luego atendía a su siempre creciente clientela.

Aunque la situación económica de José Gregorio era muy desahogada, sin embargo, no gastaba su dinero en lujos ni vanidades. Poco a poco fue trayendo a toda su familia a vivir a Caracas, incluso a su madrastra, doña María Hercilia Escalona (a quien mantuvo hasta su muerte) y a sus seis medio hermanos.

Como hermano mayor de la familia y como era el que se encontraba en mejor situación económica, José Gregorio siempre se mostró como un padre responsable y proveedor, extendiendo estos deberes filiales hasta sus sobrinos y otros allegados.

Esta generosidad de José Gregorio con su familia no resulta tan sorprendente si tenemos en cuenta que con igual generosidad se comportaba con muchos desconocidos que solicitaban de él ayuda profesional o económica. Se dice que llevaba los bolsillos del chaleco llenos de monedas para repartir a las personas necesitadas que encontraba en la calle.

Lejos de encerrarse en el trabajo de laboratorio y en la tranquilidad de sus experimentos o metido entre sus libros, el doctor Hernández fue a la calle, con desinterés personal, pero con gran ardor, a aliviar todos los males de la población, a llevar, al menos un consuelo a tantos que padecían hasta hambre y miseria, no sólo enfermedad. Por ello es fundador de nuestra Asistencia Social moderna, defendiendo al pobre y a su familia que vivían en la miseria y zozobra a causa de las realizaciones miopes de todos los gobiernos que no atendían a los problemas de la colectividad. Durante la epidemia gripal conocida con los nombres de “Influenza” o “Gripe Española” que azotó a Caracas en los últimos meses de 1918, el Dr. Hernández formó parte de la “Junta de Socorro del Distrito Federal”, donde se destacó por su agobiante desempeño.³³

El Dr. Nicolás Rueda nos da –en este momento de su vida- un resumen de la personalidad de José Gregorio en el que aparecen armonizadas las dimensiones humana y espiritual:

La realidad histórica es ésta: desde sus años mozos, como simple estudiante universitario, se impuso a las circunstancias del tiempo y del medio en que le tocó actuar, sin dejarse avasallar nunca por ellas. Consciente de que su personalidad, no la aturdiría

33 Blandenier Bosson y otros, *San Giuseppe Moscatti y el Venerable José Gregorio Hernández*, 184.

el estruendo de las opiniones ajenas, era el prototipo del buen estudiante, sobresaliente en grado máximo, que veía en el estudio la disciplina formal de su inteligencia, su deber de estado; cuya actividad, alcance y progresos no se podía menos de reconocer y aplaudir y para quien, la consagración al libro, la atención a clase, el cuidado del enfermo, el trabajo del Hospital, eran cosas normales. Pasaba los exámenes en la más gallarda aunque modesta postura y siempre reportaba las calificaciones más altas. Sus maestros le veían con gran interés y hasta con orgullo; le impartían sus elogios y le pronosticaban un luminoso futuro, sin imaginar, tal vez por increíble, la alzada cima adonde había de remontarse. De ese modo iba levantando, piedra a piedra, el edificio de su porvenir, preanunciando al que más tarde con sus títulos morales, vendrá a culminar con verdadera autoridad, con el poder de la ciencia entre sus compañeros profesores de la Universidad. Si era grande el hombre de la investigación y la ciencia, no era menos en él, el hombre de la piedad, de la oración y de la fe. Si busca el recogimiento del Santuario, la tranquila humildad, como lo hacía cada día en su participación de la misa y recepción del sacramento de la Eucaristía, modesto, callado, también era asiduo al escudriño del laboratorio, a la paz actuosa del trabajo científico. No pudo rehuir la admiración de sus contemporáneos ni el mérito del verdadero sabio. Esa fue la prueba convincente de la feliz influencia de la fe sobre la inteligencia humana, de la gracia que perfecciona a la naturaleza y la hace autora del movimiento cultural y científico, de cómo la gracia abre la vía más recta para contemplar los fulgores de la luz increada, no extingue ni amortigua los rayos con que el entendimiento alumbra, explora y vivifica al mundo. Su fe católica no le molesta para nada en su trabajo. Personalidad compleja y fuerte la del Dr. Hernández; en ella se conjuga el idealismo del místico y la voluntad del hombre de acción que, lejos de andar en divagaciones insustanciales, va directo al objetivo. No supo de componendas, ni cobardías, ni se plegó a las influencias de un medio en que la mediocridad es garantía de éxito y la ductilidad oportunista tiene tantos admiradores. Fue tan grande el prestigio médico y social del doctor José Gregorio Hernández, que cuando la Compañía de Teléfonos instaló en Caracas los primeros aparatos, le dio espontáneamente al célebre

maestro, para facilitar su acción caritativa y cristiana y quizás hasta como recurso de propaganda para la Compañía, el número Uno. Así plasmó toda su vida, sin truenos ni relámpagos, ni retórica tonta, sino clara y fecunda como una fuente. El hábito de la profunda meditación no indujo al doctor Hernández jamás a vivir fuera de la realidad, sino que lo mantuvo siempre, a lo largo de su luminosa trayectoria, en contacto bienhechor con nuestras ingentes necesidades colectivas y con el hondo dolor de la patria. Individuo de gran modestia, realizó con fuerte voluntad, en el recato de su laboratorio y sin las estridencias publicitarias hoy tan en uso, una labor personal de investigación autóctona inmensa, como simple hombre de ciencia³⁴.

Y remata:

El Dr. Jesús Rafael Rísquez, hombre serio discípulo del Dr. Hernández por más de siete años y que a su muerte lo sustituyó en la cátedra de Bacteriología dijo: “Hernández fue siempre un hombre de fe y en lo tocante a sus manifestaciones psíquicas, antes que irritable, era suave, y antes que veleidoso fue ecuánime. Nos muestra en todo momento su energía física y moral, ajeno a toda astucia, mentira o terquedad, su vida discurre por caminos claros en busca de la verdad”. Una de sus facetas principales era su profundo espíritu religioso que se expresaba con la práctica fiel de la religión católica. Desde su juventud sintió el llamado Divino para la vida consagrada. Por esta razón entre 1908 y 1909, como ya expresamos, entró al Convento de la Farneta, Lucca en Italia. Por razones de salud, se reincorporó a la Universidad al llegar a Caracas. No abandonó la idea de ser religioso y en 1913, ingresa al Colegio Pío Latinoamericano de Roma para seguir la carrera como Ministro sacerdotal. Nuevamente, por razones de salud severas tuvo que abandonar su vocación. Como pedagogo, fue magnífico. Según el Dr. José Izquierdo, el Dr. Hernández fue excelente y creador de una “gran escuela” cuyos discípulos fueron en el devenir, maestros de generaciones

34 E. Rueda, *José Gregorio Hernández: Evangelizador de la Medicina* (Caracas: Ediciones Trípode, 1986), 74-75.

y algunos grandes investigadores como Rafael Rangel, Pino Pou, Jesús Rafael Rísquez y Alberto Fernández entre otros. El Dr. Hernández como buen católico, tenía conceptos claros de Filosofía y Teología, sin caer en las herejías tan en boga en aquella época. No olvidemos que tuvo que trabajar durante más de dos años con Profesores ateos, especialmente con el Dr. Richet. José Gregorio Hernández se encontró también en Caracas, en su entorno médico, conceptos y criterios que iban en contra de la doctrina católica cristiana. Por esta razón dejó claro los fenómenos psíquicos y las bases de la teología fundamental que no riñe con la ciencia, pero sí está en contra de herejías como la metempsícosis, el panteísmo entre otras herejías (...)³⁵.

4. Santidad verdadera, oculta a los ojos de los hombres

En el excelente trabajo de investigación de María Matilde Suárez, *José Gregorio Hernández*, p. 84, se cuenta:

El 7 de diciembre de 1899, el doctor Hernández ingresó a la Venerable Orden Terciaria Franciscana, por lo que asistía con frecuencia a la iglesia de Las Mercedes y tuvo amistad con los misioneros franciscanos capuchinos. El 1ero. De enero de 1908 se inscribió como cooperador de la Casa de Niños Pobres. También en Caracas perteneció a la Cofradía de Nuestra Señora de El Carmen y fue fundador del Centro Católico y a pesar de sus múltiples ocupaciones, tuvo tiempo para dirigirlo. De sus ingresos personales pagaba el alquiler de la casa donde funcionaba esa institución y los materiales utilizados en la Secretaría. Era amigo de las Hermanas de la Caridad. Honraba a los sacerdotes. Asistía a las ceremonias católicas, practicaba la austeridad, estimulaba la esperanza de los pobres, consolaba a los afligidos y a los enfermos, cumplía con los mandamientos de la ley de Dios, jamás se le escuchó decir algún impropio.³⁶

35 Rueda, *José Gregorio Hernández: Evangelizador de la Medicina*, 161-162.

36 Suárez, *José Gregorio Hernández*, 84.

A las ocho de la noche, después de cerrar el portón de su casa, se recogía en su cuarto a orar bajo la luz de una lámpara de querosén. Hacía vigiliass y se quedaba hasta tarde leyendo obras piadosas y actualizando sus conocimientos médicos. Su sueño era ligero, se levantaba muy temprano para asistir a misa, hacía penitencias en el más riguroso secreto y ayunaba con frecuencia; a diario usaba cilicios, era un asceta verdadero, sobrio en las comidas, no ingería bebidas alcohólicas, acostumbraba a beber agua y jugos de frutas. Antes de sentarse a la mesa bendecía los alimentos y, al terminar, daba gracias a Dios.³⁷

Desde muy joven se inició en la práctica de la devoción a la Santísima Virgen, a San José, a Nuestra Señora de Las Mercedes, al Sagrado Corazón de Jesús y a la entonces beata Margarita María de Alacoque. Rendía culto público a la Santísima Trinidad, a la Encarnación del Verbo y al Santísimo Sacramento del Altar. Su patrona más cercana fue Nuestra Señora de Las Mercedes, tenía una imagen tallada en madera en su habitación y su patrono era San José, cuya imagen reposaba en la sala de la casa sobre una mesita, al lado de la mecedora donde se sentaba a atender a los pacientes³⁸.

Veneraba también a Nuestra Señora de Lourdes, a la del Santísimo Rosario, patrona de Isnotú, y a Nuestra Señora del Carmen.

Por la mañana, al mediodía y en la tarde, rezaba con la mayor devoción el Ángelus. Daba a Dios gracias por haber nacido en la religión católica, pedía misericordia para él, para sus familiares y amigos y por la conversión de los pecadores. Rezaba el Credo, el Trisagio y el Santo Rosario, arrodillado en las Iglesias. Era visitante asiduo de la Iglesia de Las Mercedes y de Santa Capilla, donde a diario oraba fervorosamente ante el Santísimo Sacramento. El día de su muerte fue esa la última Iglesia que visitó.

37 Suárez, *José Gregorio Hernández*, 84.

38 Suárez, *José Gregorio Hernández*, 86.

Su actitud en la Eucaristía era de auténtico recogimiento. Siempre llevaba consigo un rosario y una medalla con las imágenes de la Virgen y del Sagrado Corazón de Jesús. Su vida entonces encaminada a no ofender a Dios, a cumplir su voluntad. ¿Desde cuándo? Desde muy niño José Gregorio dio muestras de su inclinación religiosa. De sus padres y de su tía paterna, María Luisa, había aprendido a escuchar la Santa Misa; y había adquirido las costumbres piadosas de su madre de visitar y ayudar a los pobres y enfermos.³⁹

Una de sus prácticas piadosas más queridas por José Gregorio ha sido la del Sagrado Corazón de Jesús.

Siempre hay que tener presente que fue, precisamente, en la Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús del año 2020 que el papa Francisco firmó el texto que agregaba al grupo de los beatos de la Iglesia al Dr. José Gregorio Hernández. Y el momento no fue casual. El Beato José Gregorio fue devoto del Sagrado Corazón y de la entonces beata Margarita María de Alacoque. Así lo reseña María M. Suárez en su biografía del beato. Y esto explica maravillosamente el modo como el beato vivió su fe y la decisión heroica que coronó su entrega generosa.

Efectivamente, en la espiritualidad transmitida en la devoción del Sagrado Corazón hay un elemento cordial, de confianza absoluta y de humildad práctica que comprendió y vivió el beato. Toda la vida de José Gregorio, el trato con sus hermanos y sobrinos, con sus amigos y pacientes, estuvo signado por ese amor que, por un lado, hacía prominente el ser profundo de Dios y, por el otro, combatía las tendencias jansenistas y racionalistas que hacían daño a la práctica de la fe.

El sentido de consolación y de reparación por las indiferencias y desprecios al Amor de Dios, expresados en prácticas como la devoción eucarística, el rezo del Santo Rosario, las obras de misericordia, las

39 Fernández, *José Gregorio Hernández*, 47.

vivió enteramente el Dr. Hernández. Y más adelante, en la evolución histórica de esa devoción que ya estaba presente en Santa Lutgarda, pero que arropa a Catalina de Siena, Claudio de la Colombiere, a San Juan Eudes, Francisco de Sales, San Juan Bosco, implicaba la entrega plena – el holocausto – de toda la vida. Ya lo sabemos, el año 1919, José Gregorio ofrece la vida a Dios en el holocausto martirial final a cambio del fin de la Guerra Mundial. Dios aceptó la ofrenda de quien así se convirtió en mártir de la paz.

En verdad, su vida fue un continuo ofrecimiento, un constante testimonio de amor de Dios, por medio de él, a los hombres expresados en el ejercicio de su profesión de ayuda, de salud, en sus obras de misericordia y en el continuo desprendimiento por amor. Él actuó siempre como padre sustituto de sus hermanos y sobrinos y cuando hubo de despedirse para vivir más radicalmente su fe – en sus tres intentos de ser religioso y sacerdote – se desprendió radical y confiadamente de todos sus bienes, los honores humanos y los afectos.

El suyo fue un martirio amoroso continuo. La muerte temprana de su mamá, la muerte de su hermano a quien no pudo atender, el fallecimiento de su padre cuando José Gregorio estudiaba en París.

Pero, además, la devoción afectiva al Sagrado Corazón que vivió fue la manera más providencial de enfrentar él, y la Iglesia, los embates del nuevo cientificismo positivista que había conocido directamente José Gregorio en su formación médica en la UCV: el evolucionismo materialista, la selección natural y la explicación física de las enfermedades. Y tal ambiente también, y, sobre todo, lo rodeó en París en sus estudios cuando la “verdad” establecida eran las doctrinas de Pasteur, Bernard y Harvey. Así, cuando en 1904 se desató la polémica con Luis Razetti, defensor del cientificismo racionalista ateo, José Gregorio echó mano de su ciencia médica provista por Dios, de su fe amorosa a Dios y a la Virgen y de su exquisita finura para contestar sin ofender ni denigrar. Hoy, cuando pudiera parecer que la Devoción

clásica al Sagrado Corazón ha pasado, el beato testimonia como solo una fe amorosa en Dios, en favor de los hermanos, es lo que puede sostener nuestra existencia.

Un lugar particular en los modelos de santidad que siguió José Gregorio lo ocupa Santa Teresa de Ávila. Sobre ella escribió un excelente trabajo:

Como un buen católico, el Dr. Hernández respetaba los Doctores de la Iglesia Católica y Apostólica. La Doctrina de la Iglesia fundamentada en la palabra revelada y la Tradición, fue confirmada y explicada por los Doctores de la Iglesia. Santa Teresa de Jesús del Ávila, en España, fue una Doctora de la Iglesia, y además, la reformadora de los conventos Carmelitas de su época. El Dr. Hernández, hace un análisis médico y como creyente fervoroso, del fenómeno de Éxtasis (del griego ἐκ-στασις ek-stasis) que presentaba la Santa, para defender la posición de la Iglesia respecto a su Santidad. Él no podía permitir que se le ofendiera a una Santa de la Iglesia con el calificativo de “histérica”. Su escrito es de naturaleza apologético. El Dr. José Gregorio Hernández era devoto de Santa Teresa de Jesús y él refiere que no recordaba con exactitud el momento de su vida en que comenzó a conocer y amar a la Gran Santa Española. El escribió “durante mis estudios preparatorios de bachillerato subió mi entusiasmo por su fama, porque además de la santidad resplandeciente que le rodeaba, en mi entendimiento, en mis tiempos anteriores, me había formado una idea de ella, ahora empecé a conocerla, escritora y poetisa admirable e inimitable. Luego, empezaba mis estudios de Medicina, cuando con gran animación y alegría, celebrase en Caracas, el Tercer Centenario de la Santa y recuerdo con júbilo las gratas impresiones, las vivas emociones que experimentaba mi alma, al oír los elogios que de ella se hacían en la prensa y en el templo, pareciéndome sin embargo, que todos eran inferiores a su grandeza.

En 1885, el Dr. Guillermo Morales escribió en su artículo “El Repertorio, sobre magnetismo, hipnotismo e histerismo”, pretendiendo reducir a puras mistificaciones los éxtasis de los santos, en especial de

Santa Teresa. A esta publicación, el Dr. Hernández responde, a pesar de que el Dr. Guillermo Morales había sido uno de sus profesores, admirado por su destreza en el manejo del microscopio y de su desempeño importantísimo como profesor universitario:

Me he formado el propósito invariable de contribuir en lo que pudiera para desvanecer tan impensada y ligera calificación, primeramente demostrando que en Santa Teresa no se encuentra la más pequeña señal de histerismo y en segundo lugar tratando de indagar cuál era la enfermedad cierta que la aquejaba, puesto que ella misma describe los sufrimientos que tuvo durante su vida. La Neurología nos enseña a conocer perfectamente el histerismo, de tal suerte que apenas hay enfermedad de más fácil diagnóstico. Es una enfermedad del sistema nervioso, que carece de localización Anatómo-patológica y que presenta distintos grados de desarrollo; pero en todos los enfermos se observan ciertos rasgos morales peculiares que se descubren prontamente. Tienen carácter movible, son inconstantes, faltos de voluntad firme, propensos a la disimulación y casi siempre son falsos, amigos de que los mimen y de ser por parte de los demás, objeto de atenciones y cuidados. Los síntomas del éxtasis histérico son bien conocidos. Los enfermos se encuentran inmóviles, en un estado aparente de sueño, en posiciones más o menos forzadas, después entran en convulsiones de la totalidad del cuerpo, a las cuales sigue un estado tetánico interrumpido por alucinaciones variables. Es una enfermedad de las personas jóvenes o a lo menos, empieza a presentar las primeras manifestaciones en la juventud. Escojamos ahora el caso de Santa Teresa de Jesús: la Santa pasó su primera juventud entregada a las prácticas usuales de la regla del Carmelo, sencillamente, sin nada que se notara en ella de extraordinario. De carácter apacible y firme, tan firme que pudo vivir veinte años, de los diez y ocho a los cuarenta, en la perfecta ejecución de los preceptos de su regla; amante de la vida oculta y silenciosa de la celda, en ella practicó en grado heroico todas las virtudes: La paciencia, la obediencia, la modestia, la virginidad, la mortificación, el horror a la mentira, la santa pobreza y todo ello sin ostentación, recatadamente y en la soledad. A los cuarenta años fue agraciada con la oración sobrenatural y entonces tuvo los éxtasis (en general, es un estado

de plenitud máxima, usualmente asociado a una lucidez intensa que dura unos momentos). Durante ellos nada de aparatoso, ni convulsiones, ni posiciones teatrales, ni estados tetánicos, ni alucinaciones. Los que tuvieron la ocasión de verla en esos momentos, se sentían sobrecogidos, de respeto y admiración, al ver la serenidad y el embellecimiento de todas sus facciones y el recogimiento y la modestia de toda su persona. Al salir de sus éxtasis, la Santa tomaba la pluma; y la que antes era tan ajena a toda literatura, ahora producía sus incomparable escritos, con los cuales se reveló al mundo, maestra sin igual en Teología mística, historiadora eminente, eximia poetisa con una filosofía tan elevada y original como su Teología, modelo en el arte del bien decir, llena de donaire y elegancia y con una gracia tan fina y espiritual que, desde hace cuatrocientos años, forma las delicias de los que la leen; por estas tan excelsas cualidades, la Santa Iglesia Católica la ha aclamado “Doctora Mística”. Qué distante y opuesta a este bosquejo moral se nos presenta la Santa en todos sus actos. Su firmeza de carácter se revela en la elección hecha de una vez para siempre de la vida religiosa; porque la vida religiosa exige en quien la abraza y en ella persevera, la más completa abnegación y la renuncia definitiva de todo lo que en la vida es grato y apetecible; en ese género de vida son indispensables todas las virtudes en grado no común en lo general, para alcanzar la verdadera santidad, la que demanda el honor de los altares, en grado heroico. No existe pues ninguna identidad, ni siquiera la más leve entre los llamados éxtasis histéricos y los verdaderos éxtasis de los santos, que consisten en un arrobamiento de las facultades intelectuales, producido por la contemplación sobrenatural; él confundirlos es indicar de una manera cierta que no se conoce suficientemente algunos de los dos estados.⁴⁰

40 F. Vélez, *Obras Completas de José Gregorio Hernández* (Caracas: Ediciones OBE-UCV, 1968), 1077-1084.

5. Santidad y oblación de la propia vida por la paz

Santidad vivida al modo familiar venezolano; entrega amorosa desinteresada y vivencia y oblación de la propia vida en favor del otro son rasgos permanentes de la santidad de José Gregorio que hallan su raíz en la más temprana edad y se radicalizan a lo largo de su vida hallando vehículo y expresión múltiple en el ejercicio de la medicina y, al final de su vida, en su deseo de entrega total a Dios por el bien de su familia, de su patria y del prójimo.

Así lo narra Daniel Fernández⁴¹:

En 1907, después de haber traído a todos sus familiares a Caracas, y de haber encaminado hermanos y sobrinos en dicha capital, José Gregorio sintió que ya sus deberes familiares estaban cumplidos. Y como ya se encontraba jubilado de su puesto de catedrático universitario, y además había hecho valiosos aportes a la medicina venezolana y mundial con sus trabajos científicos, consideró que también sus deberes para con su país y con la ciencia habían sido cumplidos, por lo que era posible entonces llevar a vías de hecho su tan aplazada vocación religiosa.

| El padre Juan Bautista Castro, director espiritual de José Gregorio, quien luego sería Arzobispo de Caracas, después de mucho discutir con él, aprobó la vocación de José Gregorio, aunque con la clara idea de que aún podía dar mucho a su país y al mundo como médico y profesor. Ambos enviaron – por separado – cartas al Prior de la Cartuja de Farneta solicitando el ingreso.

En enero de 1908 recibió respuesta afirmativa José Gregorio. Durante la espera se dedicó a estudiar el latín y a arreglar sus cosas. El amor sincero que sentía José Gregorio por los suyos le hacía muy difícil despedirse de ellos.

41 Fernández, *José Gregorio Hernández*, 103.

Este sentimiento queda plasmado en la carta de despedida que le escribe a su hermano César Benigno desde Puerto Cabello, el 6 de junio de 1908, cuando ya se encontraba próximo a partir:

Te escribo hoy para participarte la noticia, tan triste para mí, de que por el vapor francés que sale mañana me embarco para Europa, a donde voy para entrar en un convento de Religiosos cartujos que está en Italia en una soledad llamada Farneta, cerca de la ciudad de Lucca. Tú comprendes lo dolorosa que es para mí esta separación de mi familia, a quien quiero entrañablemente, y que por esta causa no he tenido valor para decirles adiós de palabra; solamente por obedecer al llamamiento divino he podido dar este paso, que es para mí tan duro⁴².

Dos rasgos de su santidad aparecen claramente delineados: la centralidad de la familia y su oblación a Dios, que se radicalizará al final de su vida, como acción necesaria para cumplir la voluntad divina.

Y este primer “rasgo” familiar debe ser bien entendido en la santidad de José Gregorio. No se trata de “tener” familia o vivirla como una praxis separable de su persona, sino – como en el venezolano popular – como la sangre del genuino vivir. Familiaridad que genera un modo muy afectivo de relación. Relación que se expresa como caridad.

Tan importante es la familia para José Gregorio que “(...) ya a punto de levar anclas el barco, en su carta de despedida a Monseñor Castro, vuelve José Gregorio a recordar a su familia. (...) y también para recordarle las dos cosas que me prometió, a saber: (...) y también que no dejaría de disculparme con mi familia por la necesidad en que me veo de dejarla...”⁴³

El 16 de julio de 1908 llegó José Gregorio a la Cartuja. Y comenzó su vida de aspirante a novicio.

42 Fernández, *José Gregorio Hernández*, 103-104.

43 Fernández, *José Gregorio Hernández*, 105.

Ya novicio José Gregorio, en medio de una gran austeridad y dedicación a la Oración, no deja de preocuparse y de velar por el bienestar de los suyos. En carta a su hermano César Benigno le apunta:

Por este mismo correo le escribo al General Castro a ver si permite que me sigan pagando la pensión de jubilado, así es que algunos días después de haber recibido esta carta puedes pasarte por el Ministerio a ver qué te dicen, si te pagan las quincenas atrasadas y te continúan pagando las otras. Mis oraciones son todas por ustedes; cada día aplico mi comunión, las misas, el oficio divino, el de la Santísima Virgen, el ayuno, la vigilia y demás obras que practicamos en nuestra Orden por uno de los miembros de la familia (...) los tengo a todos en mi corazón, con el cariño más grande que se puede tener en este mundo, así quiero tenerlos junto a mí en el Cielo para nunca más volvernos a separar.⁴⁴

De la misma manera –según el P. Manuel Arteaga, luego arzobispo de la Habana– oraba José Gregorio por su patria. Es el sentido de una santidad familiar ampliada e incluyente.

Entregado con todo fervor a la vida monástica, razones – fundamentales– de salud hicieron que José Gregorio, contra su voluntad, dejara los hábitos y abandonara la Cartuja de Farneta nueve meses después de haber ingresado en ella.

José Gregorio regresó a Venezuela el 21 de abril de 1909. En carta a su hermano César le comunicó que el Superior de los cartujos le había aconsejado que viviera su vocación para la vida activa como Jesuita o sacerdote secular. Y eso mismo intentó en Caracas. Desde La Guaira le escribió a su confesor, Monseñor Juan Bautista Castro, arzobispo de Caracas, solicitándole su ingreso en el Seminario Metropolitano, donde había de prepararse para tomar los hábitos como sacerdote. El ingreso le fue concedido inmediatamente.

44 Fernández, *José Gregorio Hernández*, 109.

En el seminario, José Gregorio recibió la visita de antiguos discípulos interesados por su salud. Allí les contó sus experiencias en la Cartuja y las razones que lo impulsaron a abandonarla.

José Gregorio, ahora como antes, se ve decidido a continuar el camino de su vocación. Así, dada la exigencia canónica de la Iglesia, para poder dedicarse al ejercicio del sacerdocio debía renunciar a su profesión médica. El 27 de abril de 1909, José Gregorio firmó el documento oficial de su renuncia. Tal renuncia causó conmoción.

Numerosos estudiantes de la Universidad Central, el 10 de mayo de 1909, publicaron una solicitud dirigida al ministro de Instrucción pública en que se le pedía se reencargara a José Gregorio de sus cátedras.

Tanta fue la insistencia de figuras de la ciencia y la docencia y tantos los comentarios de prensa, que el propio director espiritual de José Gregorio, Monseñor Castro, le aconsejó al seminarista que volviera a la universidad, pues, de esa manera podría ser más útil a Dios y a los hombres.

Hasta un grupo de universitarios se presentó al seminario con la intención de llevarse a José Gregorio.

El 17 de mayo el Gobierno de Venezuela restituyó a José Gregorio sus cátedras, a menos de un mes de haber ingresado al Seminario de Caracas.

De esta manera, el ejercicio heroico de la medicina se convertirá en la manera de ganar la santidad por medio de una caridad de fuerte tinte familiar.

Al volver al mundo y a la vida laica, no dejó de lado el fuerte deseo de una consagración radical. De este modo, bajo la aparente práctica de poner su vestuario a la moda, tomó la decisión de expiar sus pecados sometién dose a vergüenzas voluntarias despertando el ridículo.

Ante el brote de cólera en Caracas, José Gregorio regresa al Seminario y vacunó a todos los seminaristas antiguos compañeros suyos.

Tal fue la obediencia y la abnegación de José Gregorio que el 14 de septiembre de 1909, el entonces presidente Provisional de la República, Juan Vicente Gómez, creó la Cátedra de Anatomía Patológica práctica y nombró titular de la Cátedra a José Gregorio. Él la regentaría por dos años.

En su corazón, José Gregorio alimentaba el deseo profundo de volver a la vida religiosa abandonando el “mundanal ruido” como decía Fray Luis de León. Por ello, apenas salido del Seminario Mayor, José Gregorio comenzó a emplear sus horas libres trabajando como ayudante de carpintería, con la esperanza de que el trabajo rudo pudiera fortalecer su cuerpo y prepararlo para las faenas en la Orden cartujana.

Nunca dejó la asistencia de sus enfermos, ahora, en una amplia vivienda aldeaña a la Quebrada Catuche en La Pastora donde instaló su consultorio, ni la investigación científica.

En esta área publicó varios estudios sobre la Parasitología venezolana, la Bilharziasis en Caracas y la Embriología General.⁴⁵

En 1910, en enero, José Gregorio dicta una Conferencia sobre la *Nefritis en la fiebre amarilla* y, en 1912, aparece la publicación de sus *Elementos de Filosofía*; y *La anatomía patológica de la fiebre amarilla*, presentada ante la Academia de la Medicina – de la cual fue cofundador – el 1º de marzo de 1912.

Amparado en su reputación dirige una carta al entonces presidente de la República, General Juan Vicente Gómez, en la cual le proponía la creación de un Instituto de Bacteriología y Parasitología.

45 Fernández, *José Gregorio Hernández*, 128.

Gómez, tomando como excusa los disturbios que habían tenido lugar como resultado de los conflictos entre los estudiantes y el entonces rector Felipe Guevara Rojas, decretó el cierre de la Universidad Central de Venezuela por tiempo indefinido. Esta clausura duró oficialmente hasta 1920.

Una vez cerrada la universidad, sintió José Gregorio su vocación religiosa nuevamente estimulada y decidió ensayar por tercera vez el ingreso a la vida religiosa. El primer paso que dio en esa dirección fue el escribir una carta de renuncia a la Academia de Medicina el 18 de julio de 1913. El 24 de ese mismo mes, los miembros de la Academia rechazaron su renuncia. Hernández agradeció el gesto, pero decidido en sus proyectos, en ese mismo mes de julio de 1913, volvió a partir hacia Europa con el fin de ingresar en el Pontificio Colegio Pío Latinoamericano de Roma, donde esperaba terminar sus estudios de latín y teología, para recibir las Órdenes sacerdotales⁴⁶ y volver mejor preparado a la Cartuja de Farneta.⁴⁷

En el Colegio, José Gregorio mantuvo su naturalidad y humildad edificantes, como atestiguan sus compañeros. José Gregorio le contó a su hermano César – por carta, el 23 de febrero de 1914 – que se encontraba bien de ánimo y estudiando. De repente, como suele ocurrir con los procesos infecciosos, cayó enfermo en febrero de 1914 con una tuberculosis fulminante. En el mes de marzo de 1914 se le presentó una pleuresía seca que le atacó el pulmón izquierdo. Aunque originalmente no se mostraba como una afección grave, el médico del Colegio le aconsejó que tomara los aires del mar por lo que José Gregorio marchó a Génova.

Sin embargo, la enfermedad no cedió. Y el médico que lo atendió encontró el germen de la tuberculosis pulmonar. Pronto se presentaron las fiebres todas las tardes, y la tos y la expectoración no lo abandonaron.

46 Fernández, *José Gregorio Hernández*, 96.

47 Fernández, *José Gregorio Hernández*, 131.

Ante la inminencia de invierno en Europa le aconsejan regresar a su patria. José Gregorio, contrariado, decide acatar la voluntad del Señor. Un acontecimiento histórico acelera la vuelta: el comienzo de la primera Guerra Mundial.

En Caracas se reincorporó a sus actividades familiares y profesionales habituales, cada día que pasaba se consolidaba su fama de santidad entre sus pacientes, amigos y colegas, que apreciaban en él una vida virtuosa consagrada a hacer el bien⁴⁸. José Gregorio murió en “olor de santidad”, criterio necesario para iniciar el proceso de beatificación, iniciado en 1949 y finalizado el 2020.

De regreso a Caracas, José Gregorio se fue a vivir en el n° 3, de San Andrés a Desbarrancado, también en la parroquia de la Divina Pastora:

Sus familiares lo acogieron nuevamente con el afecto y la alegría de costumbre. Regresaba nuevamente el hermano, el tío querido con nuevas anécdotas de sus viajes (...) La generosidad de José Gregorio era proverbial; como hemos visto, en todo momento tenía presente el bienestar de todos los miembros de su familia (...) La gran alegría de volverse a encontrar con los suyos, alejó un tanto la tristeza de haber tenido que abandonar nuevamente sus proyectos religiosos.⁴⁹

Al reintegrarse a la vida caraqueña, José Gregorio reanudó sus actividades en el mismo lugar donde las había dejado: sus enfermos, sus cátedras universitarias (a pesar de que la Universidad se encontraba oficialmente clausurada desde 1912, ésta había continuado funcionando), y sus costumbres devocionales, las cuales seguía cumpliendo con un rigor conventual.

Al lado de su habitación, en esa casa, José Gregorio se hizo `construir un cuarto de baño, y dentro de éste, una celda diminuta, de 1 m2 de ancho, forrada toda de madera. Candidato

48 Cf. Suárez, *José Gregorio Hernández*, 97.

49 Fernández, *José Gregorio Hernández*, 161.

voluntario de aquella celda-calabozo, allí se encierra, a medianoche, a ponerse en contacto con Dios y a torturar su propio cuerpo. En aquel remedo de Cartuja, Hernández se hace la ilusión de ser, por unas horas siquiera, habitante de la más recóndita soledad.⁵⁰

Todos los días se levantaba José Gregorio a las cinco de la mañana para rezar el Ángelus. Luego asistía a Misa en la parroquia de la Divina Pastora de Caracas, donde recibía la comunión, y finalmente iniciaba su rutina diaria de trabajo en la Universidad, atendiendo a sus enfermos en horas de la tarde.

No obstante toda esta seriedad espiritual con que José Gregorio asumía su vida, siempre buscó formas para estar especialmente cerca y en contacto con Dios. Así, en junio de 1915, decidió entronizar en su casa el Sagrado Corazón de Jesús.

En la ceremonia religiosa estuvieron presentes todos los miembros de su numerosa familia. Un religioso capuchino fue el encargado del acto. Una vez rezadas las oraciones pertinentes, José Gregorio tomó un hermoso cuadro del Sagrado Corazón de Jesús, y lo colocó en el lugar más prominente de la sala de su casa. Para finalizar se dijo la Oración al Sagrado Corazón, la Salve, y luego de algunas jaculatorias, los presentes recibieron la bendición.

Como destaca, la santidad de José Gregorio parte de una práctica de vida en la que la familia es el núcleo que nutre todo el vivir. Esa práctica familiar, inserta en su práctica de vida compartida, parte de las devociones y prácticas populares de fe que alcanzan por extensión a todos los semejantes.

Santidad afectiva radical. Parte de una afectividad que enlaza con Dios en el sentimiento relacional permanente, creciente, donante, que luego se justifica, explica y crece en la elaboración doctrinal recta

50 Vinke, *El Dr. José Gregorio Hernández*, 147.

que José Gregorio alcanzó. Fe vivida y luego fe practicada. Fe cordial raigal y luego fe justificada teológicamente. Dada la fe enmarcada doctrinalmente, José Gregorio vuelve a la raíz devocional con una fe doblemente madura.

En 1917, José Gregorio, considerando que posiblemente ya no podría ingresar en la vida religiosa, decidió seguir perfeccionando el caudal de conocimientos médicos que tenía como un modo excelente de cumplir con el sacerdocio que sí le estaba permitido en este mundo: el de la medicina.

Por este motivo se reunió con su familia en la casa de su hermano César Benigno, en el número 20, de Altagracia a Cuartel Viejo, y les comunicó que pensaba embarcar hacia Estados Unidos y Europa.

También en esa reunión estuvo presente la inagotable generosidad de José Gregorio, pues ofreció a los miembros de su familia el enviarles telas y paños para que se mandaran a hacer trajes y vestidos; y se despidió de ellos entregándole a cada uno una `morocota´ de oro, para que con ese dinero se pagaran la confección de sus ropas nuevas.

El 17 de marzo de 1917 salió José Gregorio del puerto de La Guaira, y llegaba a Nueva York el 31 del mismo mes, y ocho días más tarde zarpó con destino a España.

En Madrid, José Gregorio asistió a las lecciones del gran sabio español Santiago Ramón y Cajal, Premio Nóbel de Medicina.

La guerra le impidió a José Gregorio proseguir viaje hacia París. El 10 de enero de 1918, José Gregorio regresa a Venezuela luego de haber pasado por México y Cuba.

En octubre de 1918 habría de llegar a Caracas la terrible epidemia de gripe, secuela de la Primera Guerra Mundial. La epidemia cobró más vidas que la Guerra. Alarmados ante la gravedad de la situación, el Gobierno y la Cruz Roja aunaron sus esfuerzos para minimizar las consecuencias de tan terrible enfermedad en Caracas.

José Gregorio fue uno de los médicos que más arduamente trabajó combatiendo la enfermedad. En esos días José Gregorio tomaba los alimentos de pie, para no perder tiempo, pues los atacados eran muchos.

Ya en el último año de su vida habría José Gregorio de hacer un nuevo y valiosos aportes a la ciencia venezolana, el 8 de enero de 1919 inauguró la cátedra de histología correspondiente a la Universidad Central. José Gregorio impartía sus clases en el Instituto Anatómico en la Parroquia San José. Su última lección la dictó el 13 de junio. Su última clase – de bacteriología – la daría el sábado 28 de junio a las 3:00 de la tarde.

Daniel Fernández⁵¹ nos cuenta magistralmente el último día de su vida en este mundo:

El 29 de junio, como todos los días, José Gregorio se levantó a las cinco, tomó su primer baño del día, rezó el Ángelus, y después se dirigió a la Iglesia de la Divina Pastora a escuchar la misa y a comulgar. Como era domingo, no tenía que ir a la Universidad, por lo que se fue a visitar a algunos de sus enfermos en esa parroquia. Regresó luego a su casa (en el número 3 de San Andrés a Desbarrancado), donde su hermana Isolina le sirvió el desayuno: pan, mantequilla, queso y agua de panela. Después de organizar su consultorio, salió a visitar las casas de sus pacientes, cosa que acostumbraba hacer, en las mañanas que no tenía clases, entre las ocho y las once y cuarenta y cinco. Para este recorrido José Gregorio iba generalmente a pie. Poco antes del mediodía llegó a su casa, donde tomó su segundo baño del

51 Fernández, *José Gregorio Hernández*, 175-181.

día como era su costumbre. A las doce del día rezó el Ángelus, y se sentó a almorzar. Este último almuerzo consistió en sopa, legumbres, arroz y carne, acompañados con un refresco de guanábana, que le enviara su cuñada, Dolores de Jesús Bricéño González, la esposa de César Benigno. Para reposar el almuerzo se sentó en la mecedora que tenía para atender a los pobres que venían a verlo durante dos horas todos los días. Estaba esta mecedora junto a una imagen de San José. Cuenta el sacerdote jesuita Carlos Guillermo Plaza (...) que hacia la una y media de la tarde vino a visitarlo un amigo a quien José Gregorio le hizo una confidencia de que había ofrecido su vida en holocausto por la paz del mundo, y que como ya se había firmado el Tratado de Paz, esperaba que muy pronto le llegaría la muerte. Poco después de la visita de este amigo, llegó alguien a avisarle de que una señora anciana se encontraba muy grave. José Gregorio tomó su sombrero y partió enseguida a visitarla. Esta anciana vivía entre Amadores y Carbones. Minutos después llegaban a la casa de José Gregorio su hermano César Benigno y su familia. César Benigno venía padeciendo desde hacía algún tiempo de un problema en la vista, y José Gregorio le había recomendado que fuera a ver un especialista muy famoso radicado en Curazao. La visita de ese domingo tenía como fundamental objetivo el arreglar los pormenores del viaje, pues José Gregorio correría con los gastos de su hermano, su esposa y sus hijos. Dando muestras hasta el último momento de su gran generosidad, José Gregorio había sugerido a su hermano que de regreso de Curazao fueran en vapor hasta Puerto Cabello para que pasaran un tiempo en el balneario de aguas termales de Las Trincheras, y retornaran luego en tren alemán hasta Caracas para que pudieran apreciar las bellezas naturales de los estados Aragua y Carabobo. Ese domingo José Gregorio tenía proyectado entregarle a César Benigno el dinero que necesitaba para el viaje y una carta de recomendación para el doctor Ferguson; pero una vez más la Providencia habría de imponer obstáculos a sus proyectos. Cuando salió de consultar a la anciana enferma, José Gregorio, considerando que ésta era muy pobre, decidió él mismo irle a comprar las medicinas que le había recetado, y para ello se llegó hasta la farmacia que se encontraba en la esquina de Amadores. En la esquina de Amadores y Urapal se encontraba estacionado

un tranvía, y en el momento en que salía José Gregorio de la farmacia con las medicinas, otro tranvía subía desde Guanábano hacia Amadores. José Gregorio fue a cruzar la calle por delante del tranvía que se encontraba detenido, sin percatarse de que un automóvil se acercaba en esa dirección. Sorprendido por la aparición inesperada del transeúnte, el chofer no pudo detener a tiempo el vehículo que conducía a 30 Km por hora, y José Gregorio recibió el fuerte impacto que lo lanzó por el aire contra un poste telefónico; golpeándose, en su caída, con el filo de la acera. Este golpe, de acuerdo con el informe forense, es lo que ocasiona la muerte del ilustre médico y siervo de Dios pocos minutos más tarde, pues le fracturó la base del cráneo y le provocó una hemorragia interna. La señorita Ángela Páez se encontraba en el ese momento asomada a la ventana de su casa, el número 29 entre Guanábano y Amadores, y pudo ver el accidente. De acuerdo con su testimonio, cuando José Gregorio vio que se le abalanzaba el automóvil, exclamó: “Virgen Santísima”. Por extraña coincidencia, el que conducía el auto, Fernando Bustamante Morales, iba a ser compadre de José Gregorio, y éste había curado en una ocasión a su madre y salvado de la peste a una de sus hermanas. Aunque no sin profundo pesar, el causante involuntario de la muerte del ejemplar médico hizo un comentario pocos días después del suceso: “El cielo me escogió para que José Gregorio pasara a la inmortalidad”. En el mismo auto que lo atropellara, llevaron a José Gregorio a toda carrera hasta el Hospital Vargas. Cuando llegaba el coche con la víctima ya en estado de coma, salía en ese momento del hospital el Presbítero Tomás García Pompa, Capellán de esa institución, quien, al enterarse del caso regresó justo a tiempo para imponer los Santos Óleos al moribundo. También en el mismo auto del accidente fueron a buscar al doctor Luis Razzetti, quien habría de firmar el acta de función: “Además de la fractura de la base del cráneo certificada, tenía una ligera herida en la sien derecha, y un morado en la misma sien, señales del golpe contra el poste de hierro; por la nariz y la boca le brotaba sangre; más arriba de las rodillas tenía una franja morada en ambas piernas”. Desde el hospital llamaron a casa de José Gregorio, donde, ignorantes del suceso, esperaban su regreso sus hermanos Isolina y César Benigno con su familia. Al saber del incidente, su hermano

y sobrino Ernesto se dirigieron inmediatamente al Hospital Vargas (...) Al hospital continuaron llegando otros colegas de José Gregorio. Las Hermanas de San José de Tarbes fueron las encargadas de la piadosa labor de amortajar a José Gregorio. Una vez examinado y amortajado, el cuerpo fue trasladado a la casa de sus hermanos José Benigno, Avelina y Hercilia Hernández, en el número 57, en la Avenida norte, entre Tienda Honda y Puente de la Trinidad. La elección de esta casa para exponer el cuerpo se hizo tomando en cuenta que era más grande que la de José Benigno, y como se esperaba una gran afluencia de dolientes, en esta casa sería más fácil acomodarlos. El cuerpo había sido colocado sobre el lecho en espera de que llegara el ataúd, a su alrededor se había colocado velas, y los familiares y algunos amigos íntimos rezaban el rosario. Los visitantes se arrodillaban y ofrecían su homenaje de lágrimas y oraciones antes de partir (...) Durante toda la noche estuvieron desfilando pacientes y amistades por la capilla improvisada... para ver por última vez al médico y al amigo que tanto bien les había hecho en este mundo. A las siete de la mañana del día siguiente, realizó el oficio de Difuntos de cuerpo presente el entonces Arzobispo de Caracas, primado de Venezuela, Monseñor Felipe Rincón González.

Tal fue la espontánea expresión de duelo del pueblo que la misma noche del 29 de junio el Ejecutivo Federal dispuso que para rendir el homenaje que merecía José Gregorio Hernández se trasladara el cadáver del extinto al Paraninfo de la Antigua Universidad Central.

Todos los negociantes de Caracas cerraron sus comercios, los teatros y los espectáculos suspendieron sus actividades, y las empresas dieron ese día libre a sus empleados para que pudieran asistir al sepelio de José Gregorio.

El presidente provisional de la República, señor Víctorino Márquez Bustillos, se presentó en el Paraninfo a las once y media de la mañana, y, en nombre propio de la República expresó sus condolencias a la familia Hernández.

A las cuatro de la tarde se presentaron en la Universidad Central el Arzobispo de Caracas y Monseñor Nicolás Navarro, Deán de la Iglesia Metropolitana. Los acompañaban el párroco de la catedral y gran número de clérigos regulares y seculares cuyo fin era iniciar el cortejo que ahora habría de dirigirse hacia la Catedral donde habrían de tener lugar las últimas exequias religiosas.

El cortejo hacia la Catedral fue desbordante. En la plaza central de Caracas se agruparon más de treinta mil personas. El traslado duró más de una hora. El mismo arzobispo presidió la Eucaristía.

El hecho de ser llevado el ataúd hasta la Catedral era doblemente notorio, pues, en esos días, como consecuencia de una epidemia de peste bubónica, se encontraba vigente una prohibición que impedía el oficio de cuerpo presente en las iglesias.

Al salir de Catedral el ataúd con José Gregorio rumbo al cementerio, la muchedumbre, que se había mantenido en silencio, impidió que el “médico de los pobres” fuera depositado en el coche fúnebre y tomándolo en sus manos proclamaron como una sola voz: “El doctor Hernández es nuestro”, “el doctor no irá en carro al cementerio”.

Como se nota esa “cercanía” de la gente a José Gregorio y viceversa se comprende solo si nos detenemos en un modo de vivir que, en medio de relación humana concreta y directa, teje hilos fuertes y extendibles de afecto familiar que, llevados al extremo, por un amor espiritual, conforman un santo sin igual, querido y propositivo.

El féretro llegó al Cementerio General del Sur a las ocho de la noche. El padre capellán bendijo la fosa en que fue colocado, y rezó un responso. Luego de los discursos, se cubrió la sepultura y se colocaron las innumerables ofrendas florales sobre la tumba. El día de su muerte, día de San Pedro, José Gregorio cumplía exactamente 31 años de haberse graduado como médico en la Universidad Central de Venezuela.

6. Un santo rodeado de milagros

El P. Javier Duplá en un intento de recoger, al menos, una muestra de favores y milagros obrados por intercesión de José Gregorio ha presentado 62. Pero advierte⁵² que la oficina para la causa de la beatificación en la parroquia de La Candelaria en Caracas ha recibido desde el 2016 más de 800 testimonios de personas que dicen haber sido curadas por intercesión del doctor José Gregorio Hernández. En todos los casos, las personas viven y hablan de José Gregorio como si fuera “un familiar”, un hijo, un padre, al que se quiere y con el que se convive. Muy venezolano ese modo.

En este espacio —y de otras fuentes— quiero reseñar el milagro aceptado para la beatificación de José Gregorio. Me refiero a la curación de la adolescente Yaxury Solórzano asaltada en un sector aledaño de San Fernando de Apure.

El pasado 10 de marzo de 2017, unos sujetos fuertemente armados interceptaron a la familia Solórzano para robarle la moto en el Sector Mangas Coveras del Estado Guárico, Sector donde residen. Durante el asalto, los delincuentes le propinaron un disparo en la cabeza a la pequeña Yaxury Solórzano Ortega, de tan solo 10 años de edad. La pequeña quedó herida de gravedad y con pocas probabilidades de vida. Fue llevada a través de caminos intrincados hasta otra localidad más poblada y desde allí fue trasladada en lancha a través del río hasta San Fernando de Apure, siendo internada al Hospital Pablo Acosta Ortiz, cuatro horas después de recibir el balazo, según informó una fuente eclesial (...). Tras llegar al centro asistencial, los padres de Yaxury fueron informados de que no hay neurocirujano para atenderla, sin embargo, esperaron 48 horas más para que fuera intervenida. El disparo había sido en la zona temporoparietal derecha y ya presentaba pérdida de masa encefálica además del desangramiento. La madre de la niña, al enterarse de que el especialista realizaría la cirugía a su hija con pronóstico

52 J. Duplá, *Favores José Gregorio Hernández* (Caracas: Fundación JGH, 2020), 61.

reservado, le pidió a José Gregorio, de quien es muy devota, que le salvara a su hija. Ella asegura que el venerable le dijo: ‘No te preocupes, que tu hija va a salir bien’, y que después comenzó a sentir una paz que no había sentido desde el incidente (...) El neurocirujano aseguró que la menor, en caso de sobrevivir a la intervención quirúrgica, quedaría con discapacidad y con secuelas muy graves en la motricidad, en lo lingüístico, en la memoria y hasta con pérdida de la visión, causadas por el severo daño cerebral. ‘Podrá mejorar lentamente, en la movilidad, solo con la asistencia de un equipo multidisciplinario y con mucha terapia’, expresó el médico. Cuatro días después de la operación, la pequeña Yaxury comenzó a rechazar la intubación y a reaccionar positivamente a todas las pruebas y exámenes. Veinte días más tarde estaba fuera del centro asistencial, completamente sana, caminando, hablando y viendo sin dificultad.⁵³

Aparte de todos los factores que apuntan a una acción extraordinaria, debo señalar otros tres narrados a los medios por el médico que la intervino: primero, la declaración de escaso fervor en materia religiosa de parte del galeno; segundo, la “casualidad” que hizo que la intervención quirúrgica se produjera el “día del médico” y que las radioscopias que mostraban el estado de la niña antes y después de la intervención, inicialmente extraviadas, fueran “accidentalmente” recuperadas por los hijos del médico en una cesta con escombros en una casa del galeno en remodelación. Tercero, que se realizara el milagro en un estado venezolano con fuerte presencia de la religión evangélica.

Entregado personalmente el expediente del caso por el cardenal Baltazar Porras el 18 de enero de 2019 ante la Congregación para las Causas de los Santos, en Roma, éste fue estudiado minuciosamente y aprobado por unanimidad. Así el viernes 19 de junio de 2020, día de la Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús, el papa Francisco firmó el Decreto de aprobación del milagro obrado por intercesión del Dr. José Gregorio Hernández.

53 *Tal Cual*, 9 de enero de 2020.

El lunes 26 de octubre de 2020, 156 aniversario del nacimiento del Dr. José Gregorio Hernández, se produjo la exhumación de los restos mortales de José Gregorio en la Iglesia de La candelaria, lugar donde reposaban los restos del beato desde el 23 de octubre de 1975. El acto de inhumación de los restos de José Gregorio se produjo en la misma tumba en la Iglesia de Ntra. Sra. De la Candelaria, el 30 de octubre.

La celebración de la Beatificación fue fijada para el viernes 30 de abril de 2021 en la Capilla del Colegio La Salle de La Colina. Se hizo esta celebración de ese modo restringido dadas las exigencias de bioseguridad fruto de la pandemia de covid 19.

El lunes 26 de abril de 2021 el papa Francisco dispuso que el venerable Siervo de Dios, José Gregorio Hernández, sea Copatrono del Ciclo de Estudios en Ciencias de La Paz de la Pontificia Universidad Lateranense.

A las 10:00 am comenzó la Celebración de la Eucaristía presidida por Mons. Aldo Giordano, Nuncio Apostólico de Venezuela. El cardenal Porras, visiblemente emocionado, pronunció unas palabras de Bienvenida y apertura. Una intensa celebración y muy emocionadas palabras de Mons. Giordano durante la homilía cerraron con la develación de la imagen de José Gregorio en el templo y la entrega a cada obispo de los relicarios. A mediodía, en Venezuela, se produjo un repiquetear de campanas de júbilo por el acontecimiento y la celebración vespertina de la Eucaristía en cada templo del país con la autorización de colocar la imagen de José Gregorio Hernández para la jubilosa veneración.

A partir de ese momento hemos visto en el país las incontables procesiones con las reliquias del nuevo beato recorriendo calles, capillas y espacios públicos con un gran fervor popular. No ha terminado la historia. No paran los testimonios de curaciones, favores, intercesiones atribuidas al nuevo beato. Se escuchan los proyectos para la construcción de los templos votivos en el país.

Ahora se pide en los templos por la pronta canonización de José Gregorio Hernández y se presiente ya cercana la apoteosis final.

El posible milagro para la canonización de José Gregorio ya está en manos de los peritos en el Vaticano. Se trata de la curación física total de un venezolano en Miami con cuadro premortuario: varios órganos internos comprometidos: hígado, los riñones, sometidos a diálisis y sin funcionamiento, el cerebro; y el corazón con un negativo cuadro cardíaco. El paciente fue repentinamente curado. Él y todo su entorno familiar pedían a José Gregorio Hernández la curación. Los médicos que le atendieron eran uno hindú y otro hebrero, es decir, no católicos. Entre seis meses y un año se esperan resultados. Así lo ha declarado el cardenal Baltasar Porras a los Medios de Comunicación. A mediados del mes de julio de 2022 el Vaticano ha declarado “urgencia” en el estudio del caso.

Conclusión

El haber llegado hasta aquí, luego de más de 70 años de recorrido en el ascenso a los altares del santo del pueblo venezolano, ha sido posible porque nunca nadie ha dudado de la santidad de José Gregorio Hernández, pero no se ha percibido claramente la singularidad de su santidad que ejerce una emotividad muy intensa entre los propios, y la dificultad de expresar teológica y racionalmente en qué reside esa peculiaridad. Hemos hecho ver que el modo cultural familiar de vivir de José Gregorio expresa, en grado excelso y modo heroico, un modo de vivir del venezolano y pone un sello especial a la fe practicada, primero, y luego justificada. Caridad como amor a la familia sanguínea y a todos como “familiares” con los que se convive. Eso expresa vitalmente el grito popular el día del sepelio: “¡El Dr. Hernández es nuestro!” Se trata de una santidad al modo familiar, caritativo, concreto y generoso. Relación familiar que vivimos y, por lo común, no logramos pensar ni expresar en toda su amplitud y valor.

Pasa que, en otros mundos de vida, culturas y prácticas más individualistas la vida de José Gregorio, su generosidad y sus desprendimientos, cuestionan, enseñan y sorprenden. José Gregorio vive una santidad en la que no se atiende a un “prójimo”, sino a un “familiar”. En efecto, al necesitado se lo hace familia y se lo ama con amor familiar, generoso, oblativo. Ese sentido cultural lo vivió José Gregorio y se hace casi imposible entenderlo si no se toma contacto directo con él. El sentido emerge en las prácticas y cuando las prácticas, como en José Gregorio, son radicales, extremas, se nota la profunda humanidad concreta que se eleva como santidad religiosa.

Ofrecemos esta clave cultural, como llave hermenéutica, para releer y revalorizar toda la vida y la obra del santo venezolano del pueblo, José Gregorio, apreciándolo en su valor interno y elevándolo a la propuesta de una santidad muy especial.